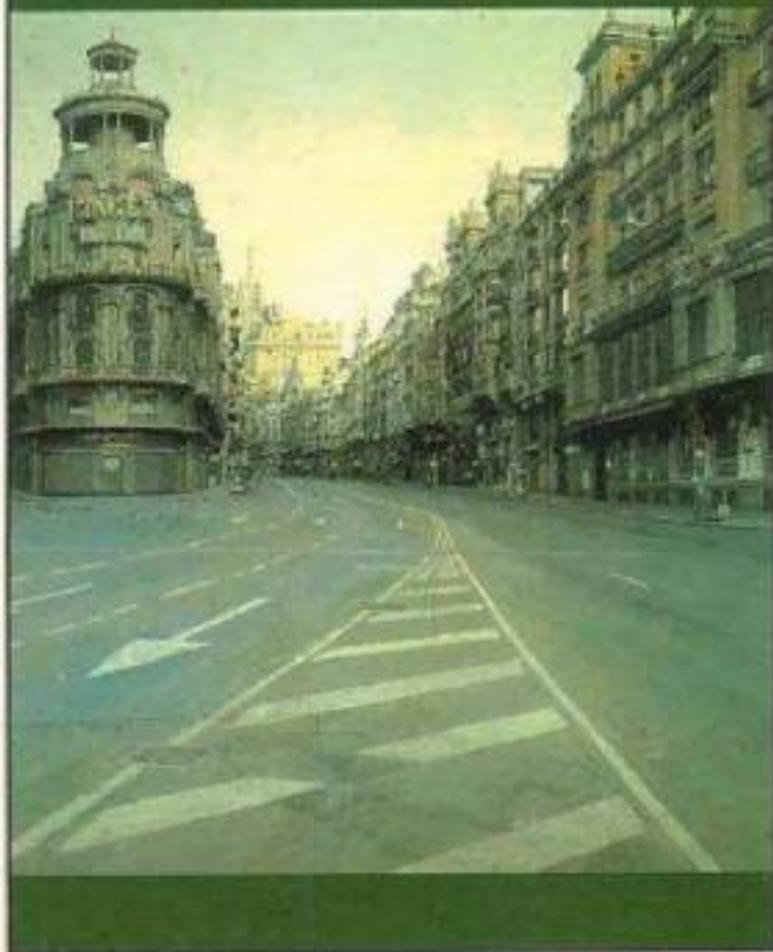


Francisco Umbral

NADA EN  
EL DOMINGO

Novela



*Nada en el domingo*, publicada originariamente en 1988, es la historia de una noche madrileña, casi tan alucinante como la noche dublinaesa de Stephen Dedalus y Leopold Bloom: un aquelarre en el que el protagonista se ve a sí mismo como un tétrico bufón y se autodenomina Grock, para acabar comprendiendo que es uno más, que es casi todos, que casi todos los hombres son Grock.

Los paraísos artificiales de Baudelaire muestran aquí cruel y crudamente su envés, en la amanecida que deslía y destiñe las luces repintadas de una vigilia febril. La constante inventiva estilística de Umbral sirve con singular energía y desgarrro a una visión descarnada y vivacísima de la esencial soledad humana.

Otorgó a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido.

NOVALIS

LA calle, ancha, vacía y en rampa, sólo vive en el gris muerto del día, de la mañana de domingo, en su color abismo y en la gracia de las tiendas que van mal (y que hoy están cerradas). La calle, una de las grandes calles de la ciudad, es como una calle mineral o de mineral: su asfalto se puebla de asteroides indecisos, su vacío dominical palpita en la huella de los millones de automóviles que la surcan durante la semana, su amplitud se reúne trabajosamente hacia arriba, hacia la meseta central, llena de bares fríos y cines apagados, más el lujo subacuático de las joyerías. Luego, pasada una plaza lateral y equivocadamente monumental, la calle desciende hacia un norte frío de rascacielos repetidos y cielos invernizos. Lo que más se ve de la calle, en el domingo vacío, es el brillo de minerales mínimos que asoman entre el asfalto, que brotan entre bordillo y bordillo, sólo revelados por la luz errante del cielo (parece como si las nubes llevarasen el invisible sol de un lado a otro). El hombre sube despacio la calle tan sabida, quizá sean las tres de la tarde, ha pasado el apogeo/perigeo fugaz de los que salen de misa o van a la pastelería, o ambas cosas, toda la ciudad está almorzando en las casas con luz de gas (que ellos creen eléctrica, dado que estamos a finales del siglo XX), en los restaurantes con luz de llama, donde gime un lechón vivo para deleite de estos romanos de tervilor.

Toda la ciudad está almorzando y el hombre sube despacio la cuesta, tan sabida, de la gran arteria, mirando los destellos de luz y metal que da el asfalto desertado, porque le fascinan un momento, como un carbón de plata, y por no ver los escaparates que tanto se sabe, los tigres de

porcelana con incongruentes collares de precio, los modelos unidimensionales con traje de noche fruncido en una cadera, los relojes de marca con una hora de deshora que para el hombre ni siquiera tiene ese encanto, ya que le da lo mismo la hora que sea (o su costumbre lo sabe demasiado).

Pasa un automóvil de vez en cuando, moviendo, con la magia de la velocidad, papeles de periódico que no había, hojas otoñales de árboles que no hay en la calle, un inicio de vida triste y momentánea. El hombre sigue subiendo, a paso lento, la cuesta de la gran calle, la rampa de bisutería y lenocinio, el vacío de la hora y del día, y de pronto se mete en mitad de la calzada, como en un río (no pasan coches), y se inclina sobre uno de los brotes que brillan en el asfalto neutro e imparcial. Es una piedrecilla de plata o un diamante de color inédito, es sólo un guijarro milagroso y de oro surgido entre los adoquines o el asfalto como a veces aflora un perejil apócrifo entre las losas de un claustro. El hombre lo mira, se emociona y vuelve a la acera peatonal y segura. Un coche o una ráfaga le han rozado el abrigo de espiguilla, el abrigo que va perdiendo espigas, abrigo de entretiempos que él usa todo el año, en primavera y otoño porque es friolero, en verano por costumbre y en invierno porque no tiene otro.

Así las cosas, los edificios altos son más altos en domingo, los ángeles de los reaseguros y las nubes alegóricas del otoño descienden sobre la calle, y el hombre disfruta de una momentánea compañía, después de la cual se hace más solitaria su soledad. El hombre ya ha comido, que no es ningún hambriento, y no sabe si sufre o disfruta la soledad de la calle, la momentánea compañía de los ángeles y las nubes, el paso de un padre de familia apresurado y retrasado, el sesteo de una puta/mendiga en un quicio, el cartabón de sol que se abre en una esquina bancaria, como si Dios fuese a explicarnos una lección de geometría.

Suficientemente comido, ni bien ni mal, solo, incuestionablemente solo, el hombre empieza a pensar en tomarse un whisky. Para un whisky sí que tiene, sí que le queda. Pero el whisky, con su color, olor y sabor de madera quemada, todavía le viene del subconsciente. Cuando el whisky, color, olor, sabor, le llegue a la consciencia, se meterá en un bar y lo pedirá sin hielo, que estropea el gusto. «Una manera de pasar el tiempo», se dirá a sí mismo, como coartada innecesaria.

A la altura de la meseta central de la gran calle, el hombre va a entrar en un café/bar que vive y viene de la fama (mala fama) de otros tiempos, con sucesivas reparaciones que le van quitando gracia primera, esa gracia y ese empaque de la prostitución burguesa, que el hombre recuerda ahora, y siempre que pasa por delante del establecimiento, como un infierno grato, cálido e ingenuo de su juventud, una juventud que pretendía ser muy mundana, o mejor *mondaine*.

—¡Boleslao, Boleslao!

La llamada viene del subsuelo y Boleslao, el hombre, ve en seguida a su amigo, o conocido, o algo, sentado en las escaleras del Metro, apoyado contra la pared, beneficiándose del inexistente sol y del calor que sale de los túneles, a esta hora tranquila en que el ferrocarril no tiene tráfico. Es un hombre joven, con pelo muy corto y gafas negras, con botas altas, vestido de azul oscuro o negro u otro color más allá de lo negro. José López —¿López, José?— está fumando algo que no es tabaco. Boleslao se acerca y se sienta asimismo en los escalones. José López —¿de dónde y de cuándo conoce a José López?— huele a la cosa que está fumando, envuelto por fuera en un huidizo confort de humo dulce y ácido, envolviendo por dentro una presencia de calor, de sueño, de ardiente lucidez tranquila. No se quita las gafas y el saludo entre ellos es una frustrada sonrisa mutua que tampoco tiene por qué ir más allá. Después de que le ha llamado, parece que José López y Boleslao no tienen

nada que decirse. Tampoco hay necesidad. José López va vestido como uno de esos cantantes de rock y cosas americanas, pero de cerca se le ve deslucido, usado, con la juventud quemándosele en un fuego blanco, la ropa repetida, la droga en el alma y en las manos, la barba mal afeitada en una cara de cuarenta años, con poca barba, el pelo muy corto, pegado a la cabeza, casi como un humo (quizá lo tuvo rizado) y un temblor general que no hay en él, pero que viene de él, y que es lo que él llama «vibraciones», buenas vibraciones, malas vibraciones, etcétera.

Boleslao se ve en las gafas de espejo negro del otro. Se ve con el poco pelo desordenado por el viento, las gafas de miope, la nariz grande, el rostro en descenso, el cuello del abrigo subido. Están allí, aquí, ahora, en silencio, como otros domingos, porque la gran calle, a esta hora, es un buen sitio para fumarse un porro o beberse unos whiskies, para llenarse el alma de algo o, más bien, para irse fabricando un alma de humo, alcohol y calor.

Es la confortabilidad de tener un alma.

De modo que otros domingos, otras situaciones idénticas son la memoria en que se apoyan ahora, como en un muro de legajos. Aunque no tienen nada que recordar y no viven de recuerdos, de esa clase de recuerdos. José López, por ejemplo, vive de recuerdos inventados:

—Qué noche, Boleslao, toda la noche conduciendo con una niña de buenas vibraciones, yo creo que íbamos hacia el sur, o hacia el sol, íbamos a doscientos, pero yo me paraba a recoger los erizos muertos, toda la carretera llena de erizos muertos, y el gobierno y los periódicos diciendo que son ecologistas, hasta que tuvimos el coche lleno de erizos muertos, luego, ya, los erizos caían del cielo, dentro del descapotable, a la niña empezaba a darle un poco de asco o un poco de miedo, pero yo le pasaba vibraciones, ¿es que se puede dejar un erizo muerto en la carretera?, se iba haciendo de día y la luz me cegaba para conducir, yo había fumado toda la noche, paré el auto en una cuneta, frenan-

do contra una tumba, porque no me responden los frenos, y me la follé a la niña en la parte trasera, sobre una alfombra de erizos, decía que le picaban en el culo, pero cómo te van a picar, ya ves, si los erizos se ponen blanditos cuando se mueren, no es picor, es que me da asco, dice ella, y yo no dejaba de pasarle energía mental, vibraciones, hasta que nos quedamos dormidos entre los erizos.

—¿Y luego?

—Luego nos despertamos, ya era de día, le di la vuelta al coche y nos volvimos para acá, a la niña la he dejado en un pinarillo, ya no había vibraciones entre nosotros, le regalé cinco erizos muertos como recuerdo de la noche, pero decía que ya olían mal y que le daba asco, y que la llevase a casa, si no coges los erizos te mato aquí mismo, y los cogió y seguí viaje, he dejado el coche atravesado en una calle, hoy no hay tráfico, con todos los erizos dentro (algunos estaban vivos y deben andar paseándose por ahí), y luego me he venido aquí buscando un sitio para colocarme un poco, si es que la tía me dejó sin vibraciones, oyes, son unas gilipollas, ahora parece que me van volviendo, pero que he dormido una hora y pronto empezará la gente a coger el Metro y se llenará esto de criadas y a lo mejor hasta me dan limosna, ahora hay muchos mendigos en el Metro.

José López ríe su propia gracia y se quita las gafas un momento para no mirar a ninguna parte: tiene los ojos claros, con la transparencia que da la ausencia de pensamiento; unos hermosos ojos vacíos, circundados de rojo, y unas ojeras de fieltro prematuro. Boleslao piensa vagamente que quizá conoce a José López por su común trato con menores (más injustificable y cansado en Boleslao), sí, seguramente de ahí viene la cosa: este rockero sin guitarra es un buen gancho de cabecitas locas.

Se están quietos en las escalinatas del Metro, confortabilizados por el sol helado del otoño/invierno, a resguardo del viento, respirando el vaho sucio del Metro y el humo oriental, imaginativo y dulce de los porros que fuma José

López. A Boleslao, la historia de los erizos le suena de otras veces, o quizá era una historia parecida, pero tampoco piensa demasiado en ello. José López ha vuelto a ponerse las gafas y Boleslao vuelve a mirarse en los espejos negros, se ve duplicado y curvo, como en una noche con el fondo artificial de un día, no le gusta su cara desde hace ya unos años, José López quizá se ha dormido detrás de sus gafas, tiene el canuto apagado, un matrimonio con niños sale del Metro y sube las escaleras, llevan también una sillita de ruedas, para el hijo menor, y el padre la coge en el aire, con niño y todo, casi heroicamente, para transportarla hacia arriba. Dejan tras de sí un perfume de colonia dominical y digestión.

—Te invito a algo ahí dentro —dice Boleslao.

El otro se pone en pie sin decir nada, magulladamente, y entran en el viejo y suntuoso café/bar, la verdad es que Boleslao está necesitando un whisky, José López pide agua, el sitio es grande, antiguo, revocado, una cosa años cuarenta que va perdiendo vida y carácter, un pasado que vive en el rojo de los terciopelos, que llora en el oro de los metales, todo un lujo que se ha vuelto de latón, una puta de cuando entonces duerme junto a un ventanal y una pareja madura y de provincias comparte el coñac y el puro, intentando disfrutar la euforia de estar solos y libres en la capital. Los camareros, leñosos y profesionalmente inmóviles, parecen esperar la llamada de un cliente desde hace más de treinta años.

José López se está quieto en su banqueta, sobre el mostrador, como acumulando vibraciones, «un poco viejo para rockero», piensa Boleslao. Boleslao mira su whisky, el oro sin secreto, el sol que cabe en el vaso, un pequeño lago de fuego que fuese madera líquida, un amarillo que se remonta hacia el cobre. Luego prueba la bebida, que le sabe a medicina y a sangre. El segundo trago es ya más sangre que medicina. El tercero, más miel que sangre. Lo dijo alguien famoso: «la sangre es más dulce que la miel». O al

revés. No, al revés no tendría gracia, no sería poético, quedaría obvio. Boleslao se va llenando de miel y de sangre, pero esto ya no le trae imágenes gloriosas, sino que le deja en una plenitud cerrada y sorda, blanda y un poco brutal. La puerta giratoria del café/bar, toda oro y cristal, gira de vez en cuando, metiendo en el interior el aire puro de la calle y una porción fría y sola de domingo.

Con el segundo whisky, Boleslao empieza a sentirse mejor. Se quita el abrigo de espiguilla (ahora casi tiene calor), reservándolo para el frío de la vuelta a la calle. Ha dejado el abrigo sobre una breve barandilla de madera, de las que dan grata e innecesaria complicación al local. Tiene la prenda a su espalda, pero el abrigo se refleja en un espejo, y Boleslao lo contempla, mientras se toma el segundo whisky, como si fuera su otro yo (seguramente lo es). Este abrigo de espiguilla viene de cuando aún no era un jubilado prematuro. Se lo compró con motivo de una subida de sueldo y una ola de frío.

El abrigo tiene varios inviernos, como se dice que los toros tienen varias hierbas. Boleslao recuerda aquellos años triunfales y burocráticos de ascenso hacia la nada, de ascenso hacia el descenso, hacia esto de ahora. El abrigo fue la armadura de sus penúltimos inviernos gloriosos. Al principio resultaba incluso elegante. Luego se quedó en confortable y, ahora, viejo como está, viejo él también, viejos los dos, sabe que el abrigo será el último de su vida, no piensa comprarse otro, ni puede, ni encontraría explicación para hacerlo. Hay un abrigo que, cuando nos lo compramos, siempre sabemos que será el último. La condición y la costumbre de los abrigos es durar, y uno echa cuentas ante el gran espejo de la tienda, probándose el abrigo. Ocho o diez años de abrigo.

—¿Me quedan a mí ocho o diez años de vida, con el riñón así?

—¿Decía algo el señor? —irrumpe en el espejo el dependiente.

—Decía que cuánto cuesta.

Y se lleva el abrigo. Se lo llevó. El abrigo es el otro yo, el ego, el íd, el superego de Boleslao, no porque las viejas prendas usadas remitan al pasado, sino porque esta prenda remite al futuro, al futuro que Boleslao no tiene o imagina que no tiene. En el abrigo de espiguilla viven ya los años, los inviernos (y los veranos) que a Boleslao le queden de vida. El abrigo, así, se torna enigmático. Es el yo venidero de Boleslao, el Boleslao venidero. Es mi yo venidero, el cabrón. A Boleslao le gusta la frase y pide un tercer whisky para celebrarlo, para seguir meditando sobre su abrigo, sobre su desdoblamiento interior/exterior. José López se ha dormido sobre el mostrador.

Me dan asco los recuerdos, el pasado no me dice nada. Yo no seré un viejo, si es que llego a viejo —¿o ya soy viejo?— de esos que comen de su pasado, que revientan de recuerdos. A mí la memoria me parece una mierda. ¿Que la memoria es la personalidad? De acuerdo. Pero es que la personalidad no es nada. Un fantasma de la costumbre. En cambio el futuro es fascinante cuando no se tiene futuro. Los empleos que he tenido, las mujeres que he tenido, todo me parece que le concierne ya al pasado de otro hombre. Pero este abrigo de espiguilla soy yo, en él me reconozco, quizá desaparezco cuando me lo quito, como el hombre invisible de las películas de la infancia. Mi abrigo es mi presente. Sólo me pongo dentro de mí mismo cuando me pongo dentro de mi abrigo. Huele a mí más que yo mismo. Por fuera lleva el color de la calle y por dentro lleva mi olor. Y el futuro, el triste y escaso futuro de un abrigo, que incluso puede ser más glorioso que el futuro de un hombre.

Alguien heredará el abrigo, o lo robará (los derechohabientes de los hombres solitarios son los ladrones). Tampoco me interesa ese futuro novelesco del abrigo. Me fasci-

nan los años que voy a vivir dentro de él, muchos o pocos, pocos de todos modos, y la manera que tiene mi yo —¿mi yo?—, la manera que tengo yo de transmutarme en abrigo o que tiene el abrigo de transmutarse en persona. Es mi último camarada y a la vez soy yo mismo, llora casi Boleslao mirando el abrigo en el espejo, y luego se vuelve un poco en la banqueta para ver el abrigo real, se baja de la banqueta y acaricia la prenda, fingiendo que busca algo en los bolsillos, por si le miran, vente conmigo a buscar el coche, resulta que José López, el rockero cuarentón y usado, ya está despierto y quiere recuperar su descapotable, un descapotable blanco y viejo que Boleslao recuerda de algo, no recuerda de qué lo recuerda, es, era un coche cómodo y peligroso, rauda y desvencijado, ancho como una barcaza e inestable como si la barcaza hiciese agua. Boleslao paga, se pone el abrigo, nada menos que el abrigo de espiguilla, y se van a la calle, giratorios en la puerta giratoria:

—Está por la parte vieja. Lo encontramos en seguida — dice José López.

A lo mejor el coche ya lo han robado, los guardias o los ladrones, pero a Boleslao le da lo mismo. Por lo menos, ya tienen algo que hacer en el domingo vacío. Encontrar el coche.

—No me acuerdo muy bien dónde lo dejé, me parece que estaba yo muy golpeado, pero seguro que vamos a encontrarlo.

—¿Y los erizos?

—Qué erizos.

—Nada. Pensaba en unos erizos.

—Le pegas demasiado a la priva, Boleslao. Eso debe ser ya el delirium tremens. Eso de los erizos, me refiero.

—Me gustaban los erizos.

—Y dale. Los retablos como tú andáis colgados del alpiste, Boleslao. Claro que de algo hay que colgarse. Sois la generación de la guerra.

—Qué guerra.

—No sé, Boleslao, alguna guerra habría. Siempre hay.

—Yo estuve en la de la Independencia.

—No me baciles.

Ya andan por la parte vieja, histórica, quemada de siglos, por la parte suciamente eterna de la ciudad. José López pisa firme con sus botas altas y Boleslao pisa silencioso con sus viejos zapatos de tafilete. Las calles y las plazas están llenas de vacío, de un vacío dominical, soleado y gélido, en el que se mueven, sin ruido ni realidad, algunos soldados, algunos caballos de bronce, algunos reyes, algunas ancianas, algunos mendigos, la gente que empieza a entrar y salir de los Metros. Hay muchos coches aparcados por todas partes.

—Ahí está el buga.

Y José López tuerce por una calle corta y peatonal, donde Boleslao ve un escaparate lleno de pájaros de colores que revolotean entre pijamas de caballero, tras el cristal hermético del cierre dominical. El viejo descapotable blanco, que Boleslao ha visto tornarse de colores —amarillo, malva, rojo, azul— en la velocidad, está atravesado, cerrando inútilmente una calle sin tráfico. José López salta dentro del coche y lo pone en marcha. Boleslao, antes de entrar en el vehículo, se asoma al interior, donde hay cajetillas de tabaco vacías, latas de cerveza aplastadas y ningún rastro de erizos. Sólo un perro grande y muerto, aplastado, un perro color perro, con su ribeteado de sangre negra, sobre el asiento trasero.

José López, ya con Boleslao en el coche, maniobra para sacar el descapotable blanco, coche pasado por muchas manos, de las zonas peatonales. El auto es como una barcaza que se bambolea en el río parado del asfalto, entre las aceras populosas de gente sin cara, de caras sin gente, todo el retablo rico y pobre del domingo.

Boleslao observa (ya lo tiene observado otras veces) que José López se transforma al volante. Necesita conducir. El coche es su otra droga, entre tantas. Boleslao, que no conduce, ha meditado a veces sobre esa euforia que la máquina comunica al hombre: la precisión de la máquina se transmite a la imprecisión del cuerpo humano, borrándola, curándola. Como a él, a Boleslao, le cura la dispersión interior el whisky, le reúne en uno solo, le concreta en su nombre: Boleslao.

—Vamos a enterrar el perro —dice José López cuando ya han salido a las grandes avenidas.

Puede ser un perro aplastado en una autopista, que José López ha recogido al paso (en lugar de los míticos erizos). Puede ser un perro aplastado involuntariamente por el propio José López (que no es un mataperros). Da igual. Boleslao se vuelve en el asiento para mirar otra vez al animal. Boleslao no entiende nada de perros, pero se llena, como le ha pasado otras veces, de una pasión infinita por el bicho muerto, por el perro color perro, tan muerto en el asiento trasero, feliz en una muerte confortable (José López le ha puesto un sombrero blando bajo la cabeza, a modo de cojín, un sombrero que seguramente andaba tan perdido por el mundo como el perro).

Un perro muerto, orlado de su sangre negra, emite más mensajes que un hombre muerto. Los hombres se componen mucho para morir, piensa Boleslao. Los animales se mueren con más gracia, con más naturalidad, con más pureza, porque no saben que se mueren. Por lo menos, ya tenemos algo que hacer esta tarde, piensa Boleslao: enterrar un perro.

Están bajando hacia la Casa de Campo. Hay gentes de domingo que hacen su fiesta en torno a una hoguera de frío, y muchas barcas en el gran cielo del lago. Boleslao lo ve todo como un domingo de verano convertido en fotofija por el frío. Los vientos de fronda despeinan el despeinado y escaso pelo de Boleslao. Siente el aire a través de la ca-

beza y no sabe si esto le despeja o le descerebra. José López conduce con las gafas puestas, muy echado hacia atrás en el asiento, con los brazos extendidos, relajado y seguro. La máquina le está poseyendo en profundidad. La velocidad es una droga, otra. Boleslao se siente pobre, escaso, limitado al alcohol. José López, de negro, es un héroe de nada, pero un héroe.

—Más o menos por aquí.

Más o menos por aquí. Han corrido cuestras y montículos. José López ha encontrado un sitio tranquilo entre las jaras, muy lejos de los excursionistas de vuelo corto. José López para el motor del coche, va hacia la maleta posterior y saca de ella un pico y una pala, como si su oficio fuese enterrar perros. Le da a Boleslao la pala y él empieza a trabajar con el pico.

—Pero tú no tenías un perro.

—No, claro, estaba en la carretera.

Boleslao va apartando con la pala la tierra que remueve su amigo con el pico. Siente, con el esfuerzo, que todo el whisky bebido le vuelve al corazón. No importa, me gustaría morir de infarto enterrando un perro. ¿Qué cosa más digna que un perro desconocido y sin dueño puede enterrar uno? Y activa el juego de la pala. Luego empieza a sudar y se quita el abrigo de espiguilla. El frío de la tarde, que va perdiendo el sol como quien pierde sus ahorros, le congela el sudor. Trabaja más fuerte para acalorarse con el esfuerzo. De la tierra removida se levanta un olor fresco, dulce, amarillo y un poco putrefacto. Es como si estuvieran explorando en una tumba. Toda la tierra es una tumba, piensa Boleslao. José López le da duro al pico. José López, tan pasivo, se ve que lo que necesita es actividad. A lo mejor lo suyo es cavar tumbas para perros sin familia. Nunca se sabe.

Trasladan el perro desde el coche a la tumba. José López coge al animal por la cabeza y Boleslao por las patas traseras. José López tiene que arrancarle al animal el som-